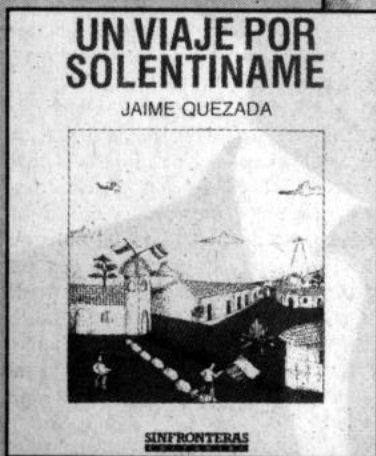


"Un viaje por Solentiname"

Por Jaime Quezada. 19428633
 Editorial Sinfronteras.
 Santiago, 1987. 88 páginas.



No de la Nicaragua "hoy acosada por el mismo invasor yanqui de los tiempos del viejo Sandino", sino de la Nicaragua de los años setenta y tantos versa *Un viaje por Solentiname*, encantadora y entretenidísima crónica poética. Su autor, Jaime Quezada, que vivió en aquella ascética comunidad política y mística de Solentiname junto a Ernesto Cardenal, pesca al lector de la garganta y no lo suelta más, debido a que su prosa mana constante documento fértil de anécdota, conjetura, cavilación y dato revelador sobre esa Nicaragua, a la cual el poeta hubo de ingresar pelado, ya que la policía del aeropuerto Las Mercedes lo encontró chascón. Va el diálogo:

- No podés entrar así a Nicaragua. Tenés que cortarte / el pelo.
- Pero cómo, digo alarmado. Yo vengo de visita a su país y / no soy ningún...
- Así será, tenés que cortarte ahorita.
- Bueno, apenas llegue a Managua.
- No, la orden es aquí. Y no nos hagás perder el tiempo.

No demasiado buenmozo entra Jaime Quezada al país de Somoza (quien, a juzgar por un cartel, "significa Paz, Trabajo, Progreso"). Y no sorteja la aduana como turista de escaparate, sino con ojo de poeta lárlico sediento de transfigurar toda contemplación en tajante prosa poética: "Las rojas flores de los malinches alegran el día en Managua. En las sucias aguas del lago Xolotlán flota un guante, una cáscara de banano, una ruedita de un juguete de carey, un volante blanco-azul con la imagen de Somoza reparado en la 'elección presidencial' de 1972".

Un montón de páginas dedica Quezada a Ernesto Cardenal, quien vive "totalmente entregado a Dios" y a la política activa. Respecto del abandono del poeta colombiano William Agudelo de la comunidad, "porque sintió que ya había cumplido un ciclo de su vida allí" (en Solentiname no hay votos ni promesa de estadía por ningún tiempo determinado), Jaime Quezada dice: "Ernesto Cardenal tuvo entonces días muy tristes y escribió con absoluta sencillez estas reflexiones de lo que verdaderamente es una vida en soledad: 'Mi vocación es de soledad y pobreza espiritual (no sólo económica), pobreza total, también de afectos; y la unión con Dios es en esa soledad; un vacío para que lo llene Dios. No sólo la renuncia a las novias, o a la esposa o los hijos. También a veces la renuncia a los amigos quiere Dios. Nada, como dice nuestro San Juan de la Cruz. Y bendita la nada que nos da el Todo'".

LUGAR DE CODORNICES

Casi todo en este brevísimo paso por Solentiname absorbe nuestra concentración. Nada carece de asiduo oficio literario, excepto huidizos pasajes que se pasan de leves. Todo trasuda meditada experiencia humana, como esta honesta y serena confesión: "Tal vez más de alguna oculta vocación me llevaba a Solentiname —que quiere decir lugar de codornices—. Un encuentro conmigo mismo, una búsqueda de soledad y diálogo con otras realidades, una ascesis nueva y necesaria para mí".

Positiva influencia cardenaliana recibe en este libro Quezada. Y no sólo en la prosa corrida, sino también en los cortos poemas epigramáticos que el autor de *Astrolabio* y *Huerfanías* inserta en su crónica:

Los muchachos de Solentiname
 Ayudan a sus mayores a desgranar maíz
 A desmalezar el monte
 A poner kerosene a los candiles porque luz eléctrica no hay
 Y mientras ponen kerosene a los candiles
 Y desmalezan el monte
 Y desgranar maíz morado que aquí llaman pujagua
 Cantan canciones de Violeta Parra los muchachos
 En este remoto lugar de Solentiname.

Años atrás, a la salida de la presentación de ese libro, Jorge Tellier, refiriéndose al prólogo en prosa de *Astrolabio*, prosa tan rica y amena como la de *Un viaje por Solentiname*, dijo, casi a modo de pelambre, que un poeta no podía dominar la prosa más que el verso. Cabe el recuerdo para resaltar el irredargüible hecho de que Quezada es un prosista peso pesado. Apermasa como Vargas Llosa y describe con esa técnica de "espejo que pasa por la calle" de Gustave Flaubert. Trabajo de ascética paciencia y amor a las apariencias vírgenes es esta sencilla descripción selvática: "Campos de milpa, cafetales, caña de azúcar, algodones entre volcanes que nunca dejan de iluminar la noche. Las orquídeas florecen como buena hierba en los troncos de jaúl o en las ramas de los zacuanjoches: la ipomea, el suspiro azul, el manto de la virgen: allí ví al fin las flores y los cantos. Plantas de tabaco a la orilla de la carretera".

Un viaje por Solentiname: otra obra con el sello de sencillez, coloquio y huerfanía del autor de *Las palabras del fabulador*, a quien usurpamos este modesto epígrafe para atestiguar nuestra propia lectura de estas 88 páginas: "ACABO de leer/ La última página del *Epistolario* de Martí/ Alumbrado con el foco de una linterna". •

1955 Erick Pohlhammer